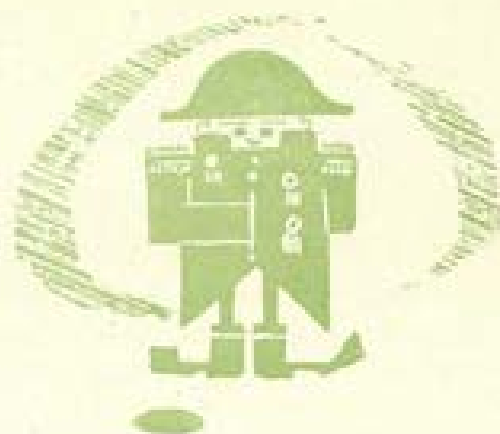


el padre * de familia y el profesor



No basta ser "padre", para el niño; es necesario ser su héroe.

Durante su infancia, el padre llega a ser todo para él, como un dios. Pero después, es preciso ayudar al niño a comprender a su padre, a aceptarle, a entusiasmarse con él.

La colaboración padre-profesor se sitúa en dos planos principales: el del conocimiento del niño y el de la eficaz enseñanza de los valores de la vida.

I. CONOCER MEJOR AL NIÑO.

Es cosa evidente que el profesor tiene dificultades en conocer a sus alumnos: son numerosos, permanecen poco tiempo con él. Cuando se comienza a comprenderlos, a sentirlos, se acaba el curso escolar y debe ceder su puesto; el profesor no es testigo de su comportamiento familiar, ni del uso que hace de sus ojos, ni de su método personal de trabajo. Esas reflexiones espontáneas, esos impulsos en los que el niño entrega, sin saberlo, lo más íntimo de sí mismo, rara vez se manifiestan en una clase en la que pesan el anonimato de la disciplina y la presión del grupo.

La mirada de los padres

Suplir esa enorme deficiencia de datos es tarea de los padres; del padre y de la madre,

no sólo de ésta. Cada uno tiene una manera peculiar de ver las cosas.

El juicio materno, más concreto, entorpecido por observaciones minuciosas y detalladas, estará a menudo deformado por los sentimientos. El padre, puesto que es hombre, es decir, dividido psicológicamente, mirará más objetivamente a sus hijos, extraerá la esencia de su comportamiento, aunque deje escapar — en su gusto por la simplificación — la gran complejidad de lo real.

Notemos, además, que la mirada de los padres no es una realidad puramente pasiva; no se limita a registrar reacciones que luego ayudarán a descifrar el carácter del niño. Como su amor, su mirada es operante: participa también del poder creador de Dios.

El niño reacciona, se equilibra, se alegra o se encierra en la tristeza y la desconfianza, según como sea visto, sentido, apreciado en su casa; se acomoda a la imagen que nos hacemos de él y que al mismo tiempo le imponemos. Por ello, solamente el conocimiento conjunto de las miradas eficientes del padre y de la madre permite al profesor reconstruir la atmósfera psicológica en la que se mueve el niño.

Una mirada nueva

Pero el padre no debe limitarse a ayudar al maestro a descubrir el rostro de su hijo o de su hija; él mismo debe aprender del profesor a conocer a los suyos y a aceptar una normal evolución de las relaciones padre-hijo.

El padre conoce a su hijo porque está cerca de él. Hablo aquí de una proximidad muy especial: la que proporciona la comunidad de carne y de sangre. Pues en cuanto a las relaciones cotidianas, sabemos qué propicia es la vida moderna, que acapara hasta el exceso, para hacerlas debilitar. (Cuántos se quejan de no tener tiempo material para atender a la familia). De hecho, siempre se tiene tiempo para hacer lo que se quiere a toda costa; pero, precisamente, hay que quererlo y hoy mucho más intensamente que antaño.

El padre está, pues, muy cerca del niño. Pero la proximidad no siempre ayuda a ver lúcida y completamente al ser que se contempla. Ocurre con los humanos como con los cuadros: hay que tomar una distancia conveniente para comprenderlos en su perspectiva y en su organización interna.

Muchos padres guardan una elemental imagen de sus hijos; imagen que se han formado de una vez para siempre, cuando sus hijos eran pequeños y, luego, han permanecido fieles a esas primeras impresiones.

Es difícil evolucionar al ritmo de un ser joven que crece; hay que conservar la misma plasticidad que él, y un hombre de cuarenta años ya está notablemente endurecido. La ventaja del profesor consiste en que, al observar al niño con una mirada nueva, puede ayudar al padre a reajustar su propia visión.

Si el niño se manifiesta en casa más que en el colegio, no expresa, sin embargo, en su ambiente familiar, todos los aspectos de su naturaleza. Sobre todo, una vez que despierta en él la adolescencia, se vuelve retraído, protege su nascente personalidad contra toda intrusión —que juzga excesiva— busca nuevos maestros, se opone a todo y huye. Se le hace difícil al padre, entonces, penetrar en la complejidad de sus sentimientos, con frecuencia incoherentes ¡Qué valiosas resultan en esos momentos las luces que pueden proporcionar todos los que se relacionan de cerca con la vida del niño, sobre todo sus educadores!

A veces el padre juzga mal a su hijo porque, con respecto a él, carece de la más ele-

mental imparcialidad. Desea que su hijo sea como la continuación de sí mismo, alguien que compense sus fracasos. Se sabe de esos libertinos convertidos que imponen a sus hijos el más estricto puritanismo; de esos padres que hubieran deseado llegar a ser ingenieros o médicos y que, al no haber podido realizar su ideal, quieren que su hijo convierta en realidad su antiguo sueño juvenil.

Lo contrario también es cierto: los padres que fueron alumnos brillantes y sienten como un fracaso personal las malas notas de sus hijos, menos dotados.

En los dos casos se tropieza con la misma incapacidad para aceptar que el niño sea él mismo, es decir, algo diferente a nosotros. Pero esta verdad es mucho más fácil de ver por un extraño —que la considera lógica— que por el padre de familia, que ve florecer su juventud en el ser que ha formado.

Lo que mis hijos dicen de mí

Si el profesor ha sabido captarse la confianza del alumno, éste le hablará espontáneamente de sus relaciones familiares. Y esas confidencias prestarán al padre un servicio excelente, al revelar la manera con que es visto y juzgado por su hijo o hija, el eco que suscitan en ellos sus actitudes de padre y, simplemente, de hombre.

Ahora bien, a veces el padre sospecha muy poco de esto. Pues el hombre es un terrible egocéntrico. Sale difícilmente de sus perspectivas, de su sensibilidad, de sus modos de reaccionar.

Entendemos mal que pueda abrumar a otros lo que es una ligera carga sobre nuestros hombros; que la ironía que sale de nuestros labios llegue a herir a los demás; que la injusticia de ayer, de la que nos sacudimos el recuerdo, sangre todavía mucho tiempo en el corazón del que la sufrió. Cuántos padres forman en el espíritu y en el corazón de su hijo una imagen propia, completamente distinta de la que querrían, y que ellos creen (y quizá merezcan), suscitar.

Conocer esta imagen es descubrirse a sí mismo bajo una luz nueva. Somos extrañamente ciegos para con nosotros mismos. Ya Pascal lo señalaba y atribuía ese poder deformante a nuestra vanidad. Sí; estamos demasiado cerca de nuestros hijos para juzgarlos bien. ¿Cómo juzgar objetivamente al ser con el que vivimos frente a frente y del que nos es

imposible separarnos para establecer la distancia que proporciona la perspectiva?

No somos lo que nos creemos

¡Cuántos padres de familia se creen pacientes, mientras que en casa se muestran con una seca y febril impaciencia, en su deseo inquieto de ver progresar a su hijo, en su excesiva preocupación (que confunden con el amor), de hacerlos perfectos! ¡Cuántos se creen abiertos y acogedores, mientras que regañan a sus hijos sin haberlos escuchado; no intentan comprender su idea, justa a menudo, pues la juzgan por palabras que son menos acertadas; usan, con respecto a sus pensamientos y a sus afectos, de esa ironía con la que fácilmente el fuerte juega con el débil, lo que es mortal para la confianza.

Los psicólogos han hecho notar que la transferencia, de uno a otro de los planos, de cualidades morales no se hace automáticamente. Así, un hombre puede ser extraordinariamente concienzudo en su vida profesional, pero muy despreocupado en el plano religioso o de la fidelidad conyugal. Más aún: el caso de ese sabio que se mostrará prudente y objetivo en todo lo concerniente a su ciencia, pero ciego y apasionado en lo referente a política.

¿No se debería subrayar también que la transferencia no se hace directamente de medio a medio? Así se da el caso que un médico de una paciencia de ángel con sus enfermos, en casa parece un explosivo intocable, aunque él no lo nota, pues todo el mundo alaba su dulzura. ¿Y cuántos padres son tolerantes y de buen criterio cuando se trata del hijo ajeno, pero cerrados y duros con su propio hijo? No obstante, se consideran tolerantes porque todo el mundo, en el plano profesional, alaba su inteligente comprensión.

Debes comprender a tu padre

No está completo el papel de profesor con ayudar al padre a conocer a su hijo y con ayudarlo a conocerse a sí mismo. Hay que ayudar al niño a que le haga confidencias sobre su familia, a juzgar a su padre, a comprenderlo, a aceptarlo.

En la evolución del niño es una etapa muy delicada aquella en la que somete a juicio a sus padres. Al principio, éstos son todo para el pequeño: son Dios. Para el niño son los seres más bondadosos, más inteligentes,

más poderosos. Es un estado admirativo que hay que deshacer rápidamente; en caso contrario se crearía, en el adolescente y en el adulto, toda una serie de complejos que los psicólogos han catalogado con precisión.

De hecho el niño, desde el despertar de su conciencia, se abre a la necesidad de lo absoluto. Pero, todavía incapaz de abstracción, al tener necesidad de sensibilizar todo lo que piensa, entabla la búsqueda de un rostro para ese Dios del que presiente su oscuro atractivo. Y el rostro que encuentra, naturalmente, es el de sus padres.

A esta imagen divinizada debe suceder la visión, más conmovedora, de lo que son sus padres en su humilde verdad humana.

Paso delicado, pero que puede ser superado, si el padre, que encarna más fácilmente a Dios (porque está más lejano, más trascendente que la madre), atrae muy pronto la atención del niño sobre el hecho de que él no es Dios; que tiene sus límites, sus lagunas y que ejerce su autoridad en nombre de alguien que le supera.

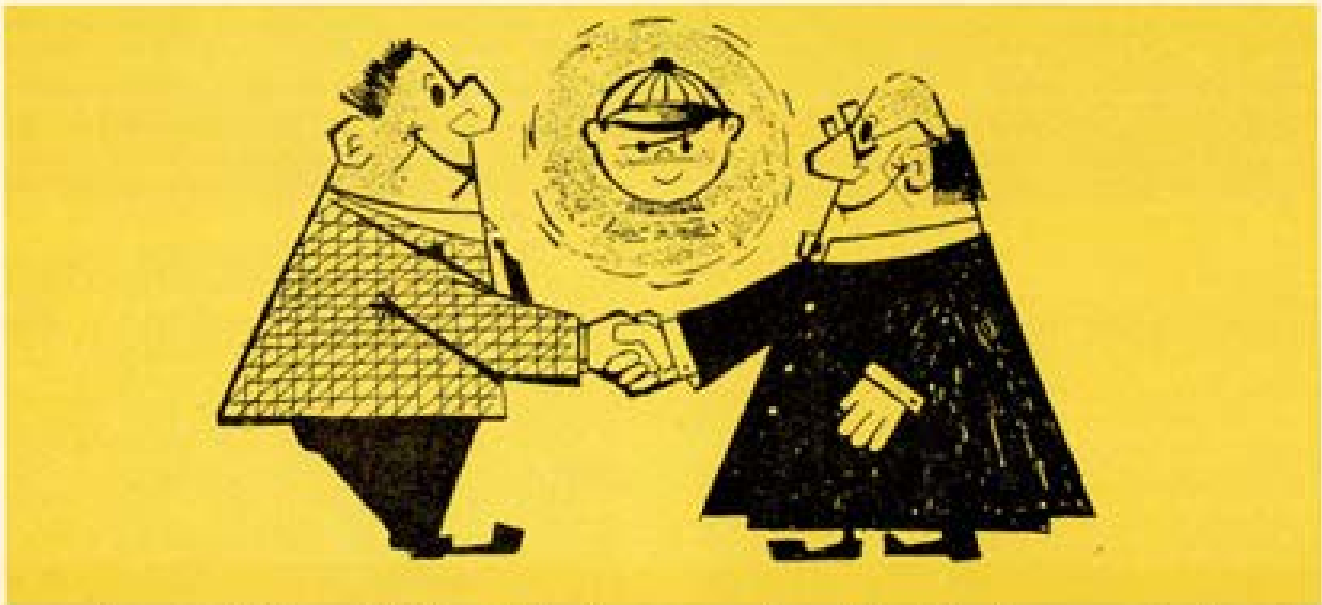
Esto no impide que esta protesta hacia el padre permanezca teórica durante mucho tiempo. Luego llegará un día en que el adolescente se dará cuenta, realmente, de que su padre no es el "Padre"; y surgirá la crisis que lo conducirá a juzgar demasiado duramente, demasiado elementalmente, con la amargura del decepcionado. Cuando comunique al profesor su decepción, éste podrá (al hacerle aceptar con serenidad los límites humanos), revelarle también la escondida grandeza del sufrimiento y el valor de ese gran desconocido sobre el que descansan la vida y la unidad de la familia.

La gran prueba

Pero el adolescente no se contenta con juzgar a su padre, sino que se aleja de él (un poco y por poco tiempo). Período de prueba que el padre debe afrontar con calma y despreocupación.

En el momento que ensaya su joven personalidad, el niño quiere desprenderse de los lazos demasiado apretados, de las influencias demasiado agobiantes. Vuelve a someter a discusión todas esas relaciones familiares, sociales, religiosas, que le ha impuesto la vida sin consultarle. Bajo los efectos de esta crisis se desembaraza de la familia.

Pero como tiene, a pesar de todo, necesidad de una fuerza que lo proteja, transfiere



re a otro su instinto social. Y la admiración que tenía por el padre puede pasar, parcialmente, al profesor. Que el padre acepte esta transferencia, tan temporal, por otra parte. Más tarde el profesor quedará relegado al rango de los fantasmagóricos recuerdos, y el padre volverá a convertirse en la gran presencia viva, en el término constante de referencia interior del niño.

Pero, durante algún tiempo, hay que aceptar esta desviación del instinto filial. En ese momento sería dramático un reflejo de envidia por parte del padre, ya que su venganza no alcanzaría al profesor, sino que debilitaría, todavía más, las relaciones con su hijo; quizá de una manera definitiva.

Nada contradice más al amor que los celos. El amor hace brotar impetuosamente todo derecho de libertad. Los padres deben animar toda amistad que no sea malsana, toda confianza que no sea mal concebida; éstas no son rivales de su amor, pues un corazón que se ensancha no se marchita, aprende a amar mejor a cada uno. Al contrario de lo que sucede al cuerpo, el espíritu no se agota al entregarse, sino que se enriquece.

II. PARA ENSEÑAR MEJOR LOS VALORES DE LA VIDA.

Para enseñar el latín a Juan, es necesario, primeramente, conocer a Juan. Luego hay que conocerse a sí mismo. La colaboración padre-maestro se basará en esas limitaciones de caracteres y esto ya será enorme-

mente positivo. Pero hay que ir aún más lejos.

El padre debe interesarse por el trabajo escolar

Lo ideal sería que el padre, no digo ya que se ocupe —no tiene tiempo ni a veces conocimientos— pero sí que se interese por sus hijos, mostrando el valor que le concede, la importancia que reviste a sus ojos, no ya el éxito, sino la conciencia con la que cumplan el trabajo escolar.

En efecto, una formación equilibrada es el resultado de la influencia conjugada del padre y de la madre. Hay el peligro de contagiar demasiado al niño, sobre todo al muchacho, de la sensibilidad femenina. O bien pierde la virilidad o incuba, sin que nadie lo sospeche, reacciones de lo más explosivas. ¿Cómo impedir esta influencia excesiva, si sólo la madre se preocupa de lo que considera esencial en la vida social y profesional de su hijo?

Que el padre se interese, pues, por los estudios de los suyos; menos, cuando son pequeños y más a medida que van madurando; que, al menos para el muchacho, la influencia paterna venga a relevar, parcialmente, a la de la madre. Sin embargo, el padre debe estar al lado de la madre para juzgar, apreciar y animar.

No olvidemos que el padre es el que le introduce en el aspecto serio de la vida. La madre encarna el refugio, la seguridad en los malos días, la ternura que apacigua el alma salvaje, la calma y la conforta. El padre de-

berá simbolizar los valores trascendentes, a los que los individuos deben inmolarsse: trabajo, sentido del deber, responsabilidad social, autoridad, sumisión a la verdad. A todo lo que confiere la madre humanidad, el padre grandeza; la madre inspira amor, el padre, respeto.

Unidad de espíritu entre los padres y el Colegio

El padre encarna los valores trascendentes. ¿Tiene suficiente conciencia de ello? Así como el niño descubre la ternura del mundo en el corazón de la madre, descifrá, en la actitud de su padre, lo que vale la pena hacer o lo que se puede rechazar impunemente; lo que hay que venerar o repudiar, perseguir o abandonar. Aquí está el punto en el que se articula la más eficaz colaboración (pero también la más delicada), entre el padre y el educador.

Se ha hecho notar, justamente, que nuestros hijos son más precoces que nosotros cuando teníamos su edad, pero menos maduros; más informados, pero menos formados. ¿Qué sentido oculta esta oposición?

Ciertamente, la formación no se opone nada a la información. Sólo que el hombre formado domina su información porque sabe organizar y juzgar; no conoce solamente las cosas sino que aprecia su valor y distingue, en la inmensa cosecha de ideas que recoge a lo largo de sus días, lo verdadero de lo falso, lo sano de lo insano. El hombre formado es el que ha adquirido criterios en virtud de los cuales clasifica, jerarquiza, elimina y retiene.

Educar a un niño es, ante todo, impregnar su sensibilidad y su espíritu de este sentido de valores y de esos principios de juicio que le permitirán orientarse entre el conjunto de cotidianas adquisiciones. Y esta educación supone —es un imperativo categórico— la unidad de visión de los que, por su situación, están capacitados para dejar huellas en la educación del niño.

Educar para un mundo difícil

No hay nada más nocivo —lo sabemos bien— que la educación neutra que, bajo el pretexto de respetar la libertad, expone todas las filosofías morales, sin adoptar una postura. Esto conducirá al niño a escoger li-

brememente entre esos diversos conceptos de la vida.

Se olvida solamente que, para escoger, debe disponerse de un principio de elección; tener una regla electiva para discernir el bien y el mal, lo verdadero de lo falso, lo noble de lo mezquino.

La ausencia de criterio da lugar al escepticismo, actitud estéril, puesto que el escéptico no escoge nada; se refugia en la única certidumbre que le queda: la de su yo, que quiere vivir, triunfar y gozar, y cae en un egoísmo absoluto.

La historia de Atenas nos brinda un famoso ejemplo de esta evolución. El aflujo de diversas filosofías, todas pretendiendo tener razón, engendró el escepticismo. Este fue el padre del apasionado individualismo por el que fue arruinado, en medio siglo, el pueblo que, por su inteligencia y su energía, se había convertido en el soberano del Mediterráneo.

Hoy nuestros hijos están expuestos a la misma tentación de escepticismo y de huida a un egoísmo incoherente, en el que creen encontrar la libertad, cuando no hay libertad más que en la fuerte seguridad que proporciona una certeza. Ello es debido a que se enfrentan con los más diversos ideales (comunismo, existencialismo ateo, epicureísmo burgués), y los jóvenes, a pesar de nuestros cuidados, se preocupan muy pronto por estas luchas del pensamiento.

En efecto, la familia y el colegio formaban, antaño, las únicas fuentes de información de nuestros hijos. Hoy el niño está informado, además, por la radio, la televisión, los grupos de amigos en los que se integra, y amplia, muy a escondidas de los mayores, sus lecturas, facilitadas por colecciones baratas.

Añádase a esto la atmósfera de tolerancia en la que evolucionamos. Se confirma, pues, más grande que nunca, la dificultad de dar a nuestros hijos esta fuerte armadura moral e intelectual que les permitirá dirigirse personal, activa y seguramente por el laberinto de la vida.

Dos influencias que deben armonizarse

Pero no seamos pesimistas. Por numerosas que sean las fuentes de información que confluyen hacia nuestros hijos, quedan todavía dos influencias que predominan; primero, la de la familia, luego, la del colegio.

Si estas dos influencias armonizan sus puntos de vista y sus esfuerzos, todo puede ser salvado. Por el contrario, si se esfuerza uno en deshacer con una mano lo que se hace con la otra, es decir, si el niño no encuentra encarnados en su padre los valores que defiende el profesor en el colegio, todo está comprometido.

Se le enseña a ser franco y es testigo, en su casa, de pequeñas faltas continuas; a ser dueño de sí mismo, y su padre fomenta las borrascas en el hogar, con su despotismo histérico.

¿Cuántas crisis religiosas serían evitadas, no llegarían siquiera a madurar lo bastante como para hacerse explícitas, si la vida cristiana del padre, serena, equilibra la y libre, se presentara ante sus ojos como una solución, como una viva afirmación? Pero son las mujeres las que van a misa y los niños pequeños, en los que todavía predomina la influencia materna. Después se crece, se buscan, mirando al padre, las normas que nos ayudarán a vivir... y se relega la vida religiosa a las profundidades de pudor secreto, donde vegeta y se marchita.

Qué decepción sufre el profesor cuando, a la concepción humanística, en la que basa toda su enseñanza opone el padre su opinión mezquina y pragmática.

En casa se exagera la importancia de ciertas asignaturas y se rechazan otras con injusto desprecio: "¿Qué importan tus resultados en gramática puesto que triunfas en matemáticas?". Pero este propósito, ingenuamente utilitario, priva al niño de una formación equilibrada y desinteresada, que haría de él un hombre capaz, mañana, de esquivar los estrechos límites de la especialización y del oficio.

Cuántos educadores todavía están paralizados, no digo por el desprecio, pero sí por la indiferencia con que les trata el padre de familia.

El profesor no es el hombre de quien se

habla con una consideración con matices de amistad; es el sirviente, apenas superior, el honrado funcionario que, incapaz de llegar a las más altas esferas del combate por la vida, se ha encerrado en un humilde oficio.

Nos ha extrañado siempre el ver a algunos hombres de negocios conceder una atención llena de respeto a los que colaboran con ellos para cimentar ladrillos, reparar los autos o asegurar el industrioso mundo bancario. Pero a los que han sido escogidos para edificar el corazón, el alma de su hijo, apenas si se dignan conocerlos...; no sienten hacia ellos la menor admiración.

El héroe del niño es su padre

"No hay verdadera moralidad —decía Bergson— más que en la vocación de ser héroe". En las horas de duda y de pena, para encontrar la luz y el valor de obrar, evocamos, instintivamente, a alguien que amamos y por quien sentimos admiración.

Será muy raramente un maestro, incluso aunque sea eminente, a quien hayamos amado con fervor. Necesitamos alguien más próximo, más íntimo, que haya penetrado a la vez en nuestra carne y en nuestra conciencia: el héroe natural del niño es su padre.

El que no sienta hablar en él, cuando evoca a su padre, la voz del deber, de la verdad, del amor a los hombres y de la paternidad de Dios, se arriesga a ser toda su vida un inadaptado, un débil o un rebelde.

Feliz, en cambio, el que, desde su infancia, no tiene más que invocar mentalmente a su padre para ver surgir en él la imagen, austera pero atractiva, que personaliza los más altos valores. Ese, a través de las dificultades de la vida, sabrá permanecer en pie.

"Lo que espera el profesor del padre de familia".

L. Lefebvre.—(Famille, Collège et Institut.—Bruxelles).

FAMILIA

Hay realidades que SOLO VIVIENDÓLAS EN COMÚN pueden ser comprendidas y analizadas. La más preclara y antigua de estas verdades, que sólo en común puede conocerse, es la realidad del amor.

Raf. Carballo. Op. cit. pág. 9